

LA 3 DE MANUEL ROJAS

Clemente y Topo eran ladrones de poleras de fútbol. Todos los domingos en la mañana se paseaban por los persas de Santiago buscando a obsesivos coleccionistas que llegaban hasta estos lugares para vender o comprar verdaderas reliquias. Mientras desayunaban un as con queso, preparaban sobre servilletas manchadas el modus operandi con el que trabajarían ese día.

* * *

Siempre se dijo que la PDI los seguía. Que les habían abierto un expediente por robar camisetas de fútbol que podían llegar a costar medio millón de dólares. Pero nada de eso era cierto: al comisario Salve, los nombres de Clemente y Topo no le decían absolutamente nada. Una vez que un joven practicante le insistió sobre el tema, el comisario se puso furioso y le dijo que los nombres de esos supuestos delincuentes sólo le parecían los de personajes del desaparecido Mundo Mágico.

* * *

Topo y Clemente eran gemelos que nunca habían conocido a sus padres. Los abandonaron en un basural de Quilicura y fueron encontrados días después por los trabajadores del camión de la basura. Criados en un orfanato de curas cercano a San Felipe, pasaron una dura y traumática infancia. Sin embargo, no todo fue grisura:

los mundiales de fútbol y la literatura gauchesca les hicieron más digerible su existencia. La transmisión en colores del mundial de Argentina '78 y un ajado ejemplar del Martín Fierro que les consiguió un cura, les sirvieron de bálsamo para que no volvieran a insistir con el suicidio. Cuando cumplieron quince años decidieron escapar. Una noche de lluvia saltaron los barrotes del recinto y huyeron hacia la carretera. Los levantó un camión que venía desde Arica y los dejó a pasos de la Estación Central.

* * *

Los gemelos eran bisexuales, tacaños y dealers. Siempre vestían de igual forma: frac negro con una humita y zapatos impecablemente lustrados. Eran calvos, usaban lentes y llevaban una perilla muy bien cuidada. Se paraban afuera de los colegios aristócratas de Santiago para vender anfetaminas y ácido. Cuando algún adolescente no tenía cómo pagar las drogas, no tenían escrúpulos en ofrecerle una felación. El dinero lo lavaban en una sastrería que habían instalado en la calle 10 de Julio. Escondían los estupefacientes adentro de las máquinas de coser y tenían a un par de ancianas trabajando en la confección de vestidos de novia. Cuando Topo cumplió cuarenta años, salió a la calle con uno de los vestidos de novia puesto, cantando canciones de Roberto Carlos. Clemente reprochó enérgicamente el acto, pues podía acarrear algún problema con la policía y los vecinos. Pero nadie lo vio o a nadie le importó. La sastrería seguía siendo la coartada perfecta.

* * *

Clemente era pirómano y escritor de novelas policiales. Siempre que terminaba de leer un libro, lo quemaba. Decía que una relectura nunca tendría el mismo sabor que una

primera lectura y, para no tentarse y perder las propiedades de la primera vez, encendía fuego a los libros. Sus novelas policiales narraban las aventuras de Celeste Vera, una detective que, infiltrada como inspectora de colegio, investigaba los casos de pedofilia en los recintos educacionales a cargo de curas y monjas. Sus novelas nunca tuvieron mucho éxito, más bien era un escritor mediocre; sin embargo, Clemente se hizo conocido en los círculos literarios al asegurar que había sido sodomizado por Aniceto Hevia y Silvio Astier durante una primavera madrugada. Todos pensaban que era una metáfora literaria, un recurso de las letras, pero no: siempre decía que vertieron dentro de él un manantial de semen y que era absurdo creer que habitaban sólo en las páginas de un libro.

* * *

En el galpón seis del Persa Bío Bío había dos grandes vendedores de camisetas de fútbol. Klitus Katroka era uno de ellos. Nacido en Alemania, llegó con su familia a Chile huyendo de la Segunda Guerra Mundial. Luego de trabajar como ascensorista durante una década y de conocer a Paul Schäfer en los baños turcos la de Plaza de Armas, decidió ir a probar suerte al sur del país. Ingresó a Colonia Dignidad como jardinero y sus innumerables felaciones a los jefes del recinto le permitieron ascender a partero. Junto a Harmut Hopp formaron una dupla temible, que nunca llegó a ser imputada. Cuando Colonia Dignidad se derrumbaba y era allanada, muchos colonos lograron escapar a través de helicópteros y avionetas hacia Paraguay. En Asunción, Katroka decidió someterse a una cirugía estética, reemplazando todas sus facciones por una cara completamente nueva. “Me gustaría parecerme a Harrison Ford”, le dijo al cirujano, antes de que comenzara la operación. Lejos de conseguirlo, sobre

su cara quedaron tres cicatrices que le atravesaban el pómulo derecho, como si alguien hubiese taladrado sus mejillas buscando un cofre de oro.

El otro vendedor de poleras de fútbol era Dante Castillo. Durante la Unidad Popular militó en el MIR y estuvo a cargo de diversos cuadros guerrilleros en el sur de Chile. Consideraba a Salvador Allende un socialdemócrata y se paseaba por las calles de Santiago gritando: “El próximo desfile lo haremos con fusiles”. Cuando llegó la dictadura, se refugió en la casa de su mejor amigo, luego de que su propia familia lo denunciara. Una madrugada de verano la DINA llegó hasta el lugar. De autos sin patente bajaron ocho hombres que rodearon el perímetro. Antes de que pudieran forzar la puerta, se encontraron con una ráfaga de balazos provenientes de la cocina. Dante y su amigo resistieron por más de dos horas, hasta que pudieron escapar por los techos de las casas con ayuda de los vecinos. Fue así como llegaron hasta la embajada de Holanda y, tres horas después, estaban arriba de un avión que los llevó hasta Amsterdam. Cuando Castillo retornó a Chile, ingresó a La Oficina, una institución creada por la Concertación a comienzos de la década del '90 para desarticular a los grupos de izquierda armados. Cuando ya no quedaba ningún fusil que denunciar, Castillo se instaló con un negocio de churrascos que fue un fracaso total. Meses después, pudo reinventarse con un local de camisetas de fútbol que Topo y Clemente anhelaban robar.

* * *

Las poleras más valiosas que tenía Klitus Katroka eran:
 -la camiseta azul de la Selección de Brasil ocupada por Bebeto en Estados Unidos '94
 -la número 10 con la que defendió Michael Laudrup

a la Selección de Dinamarca en México '86

-la número 8 de la Selección de Bulgaria usada por Yordan Letschkow en Estados Unidos '94

-la camiseta que usó Teófilo Cubillas contra la Selección de Polonia en Argentina '78

-la número 10 de Valderrama con que Colombia le ganó 5-0 a Argentina en Buenos Aires

-la polera de Roger Milla en el mundial de Italia '90

-la polera con que Carlos Bianchi fue goleador de Vélez Sarsfield

-la polera con que Diego Lugano ganó en 2005 la Copa Libertadores con Sao Paulo de Brasil

-la número cuatro con que Jorge Teillier jugó un combinado playero contra la selección de poetas argentinos de todos los tiempos.

Las camisetas más valiosas que guardaba Dante Castillo eran:

-la polera con que Néstor Raúl "Pipo" Gorosito debutó en Universidad Católica en 1994

-la polera con que Alcides Ghiggia convirtió el gol del Maracanazo en el '50

-la camiseta con que Sergio Goycochea atajó los penales contra Italia en el mundial del '90

-la número 2 con que Claudio Bertoni jugó un partido de baby fútbol de los poetas del litoral contra los vates de Santiago

-la polera de la Selección de Holanda con que Ruud Gullit la rompió en la Eurocopa de 1988

-la polera con la que debutó el Ariel "Burrito" Ortega en River Plate en 1991

-la polera con la que Manuel Rojas jugó un partido contra la selección de escritores argentinos en la cancha de Banfield.

* * *

Klitus Katroka se jactaba, entre sus amistades, de haberle quitado la virginidad a Ingrid Olderock. Fue en una noche de farra con sus compañeros de la DINA en donde abundaba el whisky, la coca y el humor negro. Dante Castillo, por el contrario, no se jactaba de nada. Era más bien un hombre silencioso y melancólico que esperaba cada domingo que la muerte susurrara en su oído.

* * *

Al lado del puesto de poleras de Dante Castillo había un local donde se vendía el maní por kilo. Su dueño era Tomasi, un comunista que después del '73 seguía siendo comunista. Cada vez que se encontraba con Castillo, comentaba en silencio la rabia que le tenía. Sin embargo, una nublada mañana de abril decidió encararlo:

—Por lo que hiciste en La Oficina, mereces un balazo en la cabeza, eso está fuera de discusión; sin embargo, lo que hasta el día de hoy me come el coco es la forma en que el MIR actuó durante la Unidad Popular.

—¿Cómo así?

—¿Por qué intentaron radicalizar algo que no eran tan radical? ¿Por qué hablaron de armas cuando la vía al socialismo propuesta por Allende no las incluía? El Che Guevara siempre dijo que Chile y Uruguay eran los únicos dos países de Latinoamérica que no necesitaban la lucha armada para construir sociedades marxistas. Si lo dijo él, ¿por qué insistieron?

—...

La conversación se vio interrumpida cuando el Topo se acercó a preguntar por el precio de la polera de Goycochea.

* * *

Topo era fanático de Manuel Puig. Leía una y otra vez sus diarios mientras escuchaba canciones de Roberto Carlos en una vitrola que le regaló un cura cuando cumplió 12 años. Podía recitar de memoria pasajes de “El beso de la mujer araña” y algunos dicen, aunque nunca nadie lo pudo comprobar, que guardaba bajo quince llaves una primera edición autografiada.

* * *

Después de las consultas respectivas, Topo se deshizo del ex mirista y se acercó al local de Tomasi:

—Lo escuché hablando de política con el tipo del local de al lado. Al parecer son rencillas del pasado, a mí ese tipo de mierdas no me interesan... ahora ando buscando otra cosa.

—Dígame.

—Si le quiere pegar un balazo en la cabeza a Dante Castillo, cuente conmigo.

— ...

—Le puedo dar lo que quiera: mujeres, drogas, libros.

—¿Y por qué no lo matas tú directamente? Es bastante más fácil.

—Es por cábala. Siempre mando a matar, dirijo operativos, pero no mato. Obsesiones huevonas que uno tiene.

—El pago es por adelantado. Yo lo mato, pero ustedes me consiguen dos escolares que tengan el pelo liso y usen aros de perla —dijo Tomasi.

—No hay problema. Las tengo para esta misma noche.

—¿Existe alguna posibilidad de que alguna sea nieta del dictador?

—No, ninguna. Pero tengo otras dos que son una maravilla.

—Perfecto. Así no se me hará tan triste el atardecer del domingo.

—Qué necesidad hay de empapar los domingos con melancolía y tristeza. Esas son ventas de humo de trovadores y poetas.

* * *

Topo llamó a Florencia y Rosario, dos menores de edad aristócratas a las que vendían droga. Les ofreció medio kilo de coca si tenían una noche de sexo sin control ni condón con el comunista.

* * *

La especialidad de Clemente y Topo era la Copa Libertadores pero, al contrario de lo que muchos podrían llegar a pensar, no les interesaban los goles, los caños, ni las jugadas bonitas. Ellos vibraban con patadas, codazos y planchazos. Cada gresca la disfrutaban enormemente y cada foul desleal era un orgasmo. Por eso lloraron de emoción cuando se encontraron con Paolo Montero en el aeropuerto de Nueva York. Se tomaron una foto que hoy ocupa un lugar especial en el salón de su departamento de la calle Maruri.

* * *

Rosario y Florencia llegaron vestidas de escolares. Traían en sus mochilas un neceser donde guardaban maquillaje, dildos y vaselina. No saludaron a Tomasi. Lo tendieron en la cama y se fueron directo a sus labios. Luego de desnudarlo, pudieron comprobar que su miembro permanecía inmóvil, estático. Las pendejas le hicieron de

todo, incluso lo mearon, pero su miembro seguía paralítico. Optaron por conversar y fumar marihuana. Tomasi contó algunas historias que vivió en la clandestinidad y las peloláis lo escucharon con incredulidad, como si todo lo que relataba se lo estuviese inventando. Para darle otra oportunidad al glande del comunista, Florencia comenzó a lengüetearle el clítoris a Rosario y, lejos de dejar pasar otro vagón del polvo, el miembro de Tomasi se levantó. Cuando se arrimó para penetrarlas con una sonrisa en los labios, Rosario le pidió que eyaculara afuera porque no estaba tomando la pastilla.

El comunista se vistió, se peinó y sin despedirse de las pendejas salió de la habitación. Afuera estaban los gemelos leyendo y escuchando la canción “Mujer pequeña”, de Roberto Carlos.

—Se demoró en pararse, pero parece que lo pasó bastante bien, compadre —le dijo Clemente.

—No andó *na’ pa’* tus *hueveos, conchetumadre*. Cuéntame luego el plan que me quiero ir rápido.

—Rápido ya te fuiste.

—Tranquilo, Tomasi —intervino Topo—. Tienes que ir a la casa del mirista y matarlo. Tal como habíamos quedado, eso es todo. Del resto nos encargamos nosotros.

* * *

Tomasi aún recordaba el edificio donde vivía Dante Castillo. Tocó repetidas veces el timbre del departamento, pero como nadie contestó, forzó la puerta con un alicate. Encontró al ex guerrillero durmiendo. Le puso un silenciador a su pistola, le dio un beso en la frente y le pegó un balazo en la cabeza. Recogió la bala que salió por el otro lado y abandonó el lugar sin dejar huellas.

* * *

“A este *reconchesumadre* lo mato”, dijo Clemente cuando entró a su pieza y vio empapada en semen la primera edición del libro de Puig.

* * *

Topo y Clemente estaban sentados en su auto esperando a que Tomasi saliera del departamento de Castillo. Cuando lo vieron dar vuelta en la esquina, entraron y lo revolvieron todo. Hallaron películas de Cantinflas, cómics de “Sin City” y novelas de Raymond Chandler, pero la camiseta de Manuel Rojas no apareció.

Otra vez en el auto, comenzaron a dar vueltas por la ciudad. Estacionaron en calle Portugal y entraron a un after. Pidieron dos piscolas e intentaron seducir a adolescentes que bailaban canciones Boy George. Luego de varios intentos y sin poder robarles un beso, se fueron a La Bamba, unaCompletería de Vicuña Mackena que sirve de refugio para los que hunden sus culpas en la madrugada santiaguina.

* * *

Klitus Katroka entró al departamento de Castillo un día antes que Tomasi. Llevaba bajo el brazo una botella de agua ardiente:

—Un tipo como tú no tiene nada que hablar con alguien como yo —le dijo el ex mirista al abrir la puerta.

—En los '70, sí; ahora, no. Los dos terminamos trabajando para gobiernos que perfecciona el libremercado en esta pseudo democracia.

—¿A qué vienes? ¿Qué buscas?

—Quiero comprarte la polera de Manuel Rojas.

—No está a la venta, te lo he dicho varias veces, Katroka.

— Puedo pagar lo que me pidas.

— No te la voy a vender.

— Te la puedo cambiar por unos calzones de la Olderock.

— ¡Qué asco!

— Por una cortapluma que le robé a Paul Schäfer.

— No.

— Por un ejemplar de “Ficciones” firmado por Borges.

— Menos.

— ¡Pero qué necesidad de ser tan orgulloso! El orgullo nunca te dejará nada bueno. Son sólo ventas de humo de los melancólicos que creen que pueden existir derrotas dignas.

— ...

— Como si morir con las botas puestas fuera algo rescatable.

— No te venderé la polera. Y ahora quiero que te vayas de mi casa.

— Antes cuéntame cómo conseguiste esa polera, siempre he tenido curiosidad por conocer esa historia -le dijo Katroka.

— Yo estaba en la cancha de Banfield cuando se jugó ese partido contra Argentina. Lo perdimos en penales y no pudimos ir al mundial. El quinto penal de ellos lo pateó Roberto Arlt. Fue un puntete al centro. Cuando vio la pelota en la red se subió a la reja y se besaba el escudo. Mientras todo eso ocurría, Rojas caminó hasta donde estaba nuestra hinchada y tiró su polera. La agarré yo y me la escondí en los cocos para que nadie me la quitara. Cuando estaba arriba del tren que me devolvería al centro de Buenos Aires, me acorraló un grupo de hinchas chilenos. Me pusieron un cuchillo en el estómago y me obligaron a pasarles la polera. Pero me escapé. Cuando el tren se puso en movimiento,

salté del vagón hacia los rieles. Me fracturé tres costillas y el antebrazo, pero la número 3 de Manuel Rojas no me la quitaron.

—¡Qué historia, tremenda!

—Sí, lo es. Ahora te pediría que te fueras.

—¿Puedo pasar antes al baño?

* * *

El comisario Salve pasa todas las tardes de sábado leyendo novelas de Celine y comiendo hamburguesas del McDonald's. Después de saciarse de literatura y chatarra, camina hasta la esquina de Salvador con Sucre y levanta una tapa de alcantarilla para introducirse en los túneles subterráneos que duermen bajo Santiago. Allí se reúne con sus amigos de Patria y Libertad para jugar póker y jalar coca. Entre rayas y ases, aún recuerdan cuando invitaron a los profesores de la Arcis para confrontar ideologías en un simposio veraniego. Sería un debate a puertas abiertas donde todos tendrían el mismo tiempo para desarrollar sus posturas. Pero los arcianos se negaron. No quisieron asistir. En palabras de Salve: "Se cagaron hasta las orejas".

* * *

Adentro del baño, Katroka llenó un pañuelo con gas sarín. Cuando salió, pilló desprevenido a Castillo y, sorprendiéndolo por la espalda, lo ahogó con la sustancia. Después de revisar minuciosamente la casa, encontró la camiseta de Manuel Rojas debajo del colchón. Se la puso sobre el chaleco y modeló un rato frente al espejo. Sin nada que hacer y con un hambre voraz, el ex de la Olderock pidió una pizza a domicilio. Mientras la esperaba, se sentó en el baño a cagar ojeando una revista Miss 17.

* * *

Clemente y Topo estaban seguros de que el comunista les había robado la polera y empezaron a seguirlo. Lo vieron tomar una micro por Arrieta hacia la cordillera, para bajarse en Villa Grimaldi. Tomasi se quedó petrificado en la puerta de entrada. Iba y volvía con la cabeza gacha y las manos en la espalda: sin nunca poder ingresar. Prendió un cigarro e hizo parar un taxi que lo dejó en la Plaza de Armas. Ya estaba cayendo la tarde cuando entró a un cine donde daban películas de la Guerra Civil española. Los gemelos se sentaron unos asientos más atrás sin nunca perderlo de vista. Antes de que se acabara la segunda película salió del lugar: no quería volver a ver un final que ya sabía de memoria. Afuera de la oficina de correos conversó con una prostituta negra y celulítica. Después de unos minutos de negociaciones, se la folló por diez lucas en el confesionario de la iglesia.

* * *

Katroka sabía que dentro de un rato irían los gemelos en busca de la polera de Rojas. Por lo mismo, y para no dejar huellas, metió a Castillo en su cama y lo acurrucó. Construyó la quietud de quien está durmiendo y salió hacia la fría madrugada santiaguina con la polera bajo su brazo.

* * *

Cuando Tomasi llegaba a su casa, arrastrando la tristeza crónica de los domingos, sintió una pistola en su espalda.

—Antes me preguntaban por armas, ahora por camisetas.

—No nos hagas perder la paciencia, Tomasi. Sabías que nosotros iríamos por la polera e intentaste hacerte el vivo y quedarte con ella —le dijo Topo, tomándolo del cuello.

—Yo maté a Castillo tal como me lo pidieron. No sé de qué polera están hablando.

Agarraron a Tomasi y lo metieron en el maletero del auto. Manejaron hasta Las Vizcachas, escuchando un CD de Eros Ramazzotti, y en un descampado decidieron estacionar. Rociaron el auto con bencina y le tiraron un fósforo encendido. La explosión se sintió incluso en la cordillera.

* * *

El cuerpo de Dante Castillo estuvo seis meses desintegrándose en su cama. En todo ese tiempo nadie reparó en su ausencia.

* * *

Lo único que diferenciaba a Topo de Clemente era una halitosis espantosa.

* * *

Topo y Clemente revisaron todos los rincones del departamento de Dante Castillo y la camiseta no apareció. Incluso se hospedaron por una semana en su vivienda buscando algún escondite que se les hubiese pasado por alto en la primera inspección.

Después de romper cañerías y baldosas, terminaron convenciéndose de que la polera no estaba. Habían asesinado a Tomasi por nada, pero la conciencia jamás les quemó: sentir culpa por algo no estaba en sus archivos.

* * *

Topo y Clemente no olvidaron el asunto y decidieron acudir a un detective privado. En la guía telefónica encontraron a Rufo Stevenson, un ex policía que se dedicaba a resolver enigmáticos casos sin nunca salir de su

casa. Decía que era anacrónico andar buscando pistas y persiguiendo forajidos, que todo lo podía resolver desde su escritorio. Cuando los gemelos le expusieron el problema, Rufo estalló en risa y les preguntó si no estaban mayorcitos para andar preocupados de poleras de fútbol. Topo, enfadado, le puso una pistola en las costillas y lo obligó a resolver el caso. El detective fue hacia la pizarra que estaba a sus espaldas y con una tiza comenzó a ordenar cronológicamente los hechos. Escribió fechas y secuencias y concluyó que cuando el comunista mató a Dante Castillo, éste ya estaba muerto. En otras palabras: murió dos veces.

* * *

El cuerpo de Dante Castillo seguía pudriéndose en su departamento. Aún nadie daba parte a la policía, porque nadie lo extrañaba. Los gemelos, esta vez acompañados por Rufo, volvieron al departamento. Entraron con mascarillas y delantales. El olor era tan repulsivo que Topo no aguantó y tuvo que salir al balcón para vomitar. Rufo sacó una jeringa de su maletín y extrajo sangre del cuerpo del ex mirista. Luego de tomar varias muestras, abandonaron el departamento y enfilaron hacia un laboratorio químico. Apenas entraron, redujeron a todo el personal del laboratorio y obligaron al jefe de turno a analizar la sangre. Mientras esperaban los resultados vieron la final de la Liga de Campeones acostados en unas camillas. Cuando estaba por comenzar la tanda de penales, salió el químico del laboratorio y les dijo: “Lo mataron con gas sarín”.

* * *

Los gemelos se despertaron temprano el domingo. Desayunaron el as con queso de siempre y esperaron a que Katroka abriera su tienda de camisetas de fútbol. Un

ex colaborador de Colonia Dignidad era el único tipo capaz de conocer la fórmula del gas sarín. Al mediodía se dieron cuenta de que no aparecería. Preguntaron por su dirección y partieron hacia su departamento de calle Bandera.

— El señor Katroka abandonó anoche el departamento — les dijo el conserje.

— Mierda — murmuró Topo.

— ¿Ustedes son Topo y Clemente?

— Sí — respondieron al unísono.

— Antes de partir dejó este sobre para ustedes. Me dijo que más temprano que tarde vendrían por él.

Adentro del sobre venía una foto de Katroka con la polera de Manuel Rojas. Al reverso, una dirección: Fundo Los Tomates 1587, Osorno.

* * *

Los gemelos planearon la Operación Rojas. Necesitaban gente y armas para viajar al sur y pelear por la polera que tenía Katroka. Topo fue a la facultad de literatura de la Universidad de Chile e interrumpió un simposio sobre Manuel Rojas que se estaba llevando a cabo. Tomó el micrófono y explicó a todos el caso. Cuando les preguntó quiénes se alistaban en el ejército rojiano para ir a buscar la camiseta, más de la mitad de los congresistas levantó la mano. A esa misma hora, en el centro de Santiago, Clemente compraba granadas y metralletas al por mayor: irían armados hasta los huesos.

La comitiva enfiló rumbo al sur esa misma noche. Más de cien hombres partieron arriba de un camión de mudanzas manejado por Topo. Se detuvieron solamente a mear y echar bencina. Jamás pensaron que esa carretera los estaría llevando a su última estación.

* * *

Katroka viajó rumbo al sur la misma noche en que robó la polera. No más llegar comenzó a localizar a todos sus viejos camaradas que conoció en Colonia Dignidad. Quedaban muy pocos vivos, sin embargo, estaban dispuestos a colaborar. No tenían idea de quién era Manuel Rojas ni por qué su polera era tan importante; ellos aceptaron ser parte del grupo porque había violencia y beber de esa sabia era lo único que podía mantenerlos vivos. Se atrincheraron en un fundo abandonado que había pertenecido a Paul Schäfer. En los túneles subterráneos que conectaban la casa con Colonia Dignidad encontraron armas y alimentos en conserva. Llevaron todo hasta la superficie e hicieron del fundo un fuerte medieval.

* * *

La noche previa al combate, Klitus Katroka no podía dormir y volvió a los subterráneos. Esta vez lo hizo sólo con la compañía de un par de cigarros. Mientras fumaba, recordaba los años de gloria que tuvo Colonia Dignidad. Comenzó a caminar por entre los escombros que dormían bajo la tierra en un estado de *saudade* que nunca antes había sentido. Halló marcos de fotos, paraguas rotos y lentes destruidos: eran los restos de lo que fue el imperio de Schäfer y de los nazis que llegaron escapando de la Segunda Guerra. En un momento de lucidez entre esta tormenta de recuerdos, Katroka recordó la escotilla que dormía bajo sus pies. Cuando la PDI allanó Colonia Dignidad no descubrió que sus inmediaciones crecían en forma vertical: los subterráneos llevaban a más subterráneos al modo de las muñecas rusas. Klitus destapó un acceso y comenzó a descender por una escalera que estaba pegada a la pared. Cuando apretó el interruptor pudo comprobar que no había electricidad.

Prendió un fósforo que guardaba en su bolsillo e inspeccionó el lugar. En una esquina la encontró, tal como la había embalsamado hacía treinta años: allí estaba Ingrid Olderock.

* * *

Las hermanas Berta y Susana Tomasi militaron clandestinamente en el Partido Comunista durante la dictadura. Cuando retornó la democracia a Chile —y en vista de que las autoridades gubernamentales no hacían justicia en torno a las violaciones a los derechos humanos—, decidieron comenzar a fusilar a ex represores. Planeaban y estudiaban por meses sus rutinas y recorridos y, cuando estaban seguras de que el plan saldría perfecto, les daban el tiro de gracia. El ajusticiamiento más emblemático que realizaron fue el del Guatón Romo. Lo llenaron de plomo en los estacionamientos de la Vega Central. Berta y Susana dejaron de militar en el PC cuando el partido firmó una alianza con la Concertación. Desde ese día colgaron el Manifiesto para sentarse a esperar noche tras noche su muerte.

* * *

Las hermanas de Tomasi llegaron al despacho del comisario Salve buscando respuestas. Su hermano había desaparecido hacía dos semanas y no sabían nada de él. El comisario recibía todos los días en su despacho causas como las de Tomasi: gente que desaparecía y que días después aparecía durmiendo en plazas o puteríos. Sin embargo, esta vez fue distinto: al ver las tetas de Berta Tomasi, el comisario Salve se interesó en el caso. Podría cortejarla mientras realizaba la investigación y las ganas de un polvo primaveral nunca deben conocer de obstáculos.

* * *

Salve le pidió a sus ayudantes que revisaran los cuerpos de todos los N.N. que hubiesen encontrado en las últimas dos semanas. Cuando le llegaron los resultados de un ADN que sacaron de un cuerpo calcinado, llamó a Berta.

Todo el departamento se puso a trabajar de cabeza en el caso Tomasi. Bastaron un par de horas para saber que el auto pertenecía a Clemente Sanyón y que el incendio había sido intencional. Durante la tarde, la PDI llegó al departamento de los gemelos de la calle Maruri. Tomaron muestras de varios objetos, incluido el libro de Puig sobre el cual Tomasi había eyaculado. Salve mandó a cerrar todos los cruces fronterizos y a monitorear todas las carreteras y calles por donde podrían estar circulando Topo y Clemente. Un rábano le importaban el comunista y los gemelos: su interés en los pezones de Berta era cada vez mayor. Horas después los laboratoristas informaron que el semen pertenecía al comunista y que una cámara había captado a Clemente manejando un camión de mudanzas por la carretera que lleva al sur.

* * *

Las hermanas Tomasi tomaron un avión con destino a Osorno. El semen de su hermano hallado en el libro de Puig las hacía presagiar que los gemelos lo habían asesinado: ellas no se rendirían y viajarían donde fuera para vengar a Tomasi. Se pusieron en contacto con una guerrilla que llevaba años oculta en un bosque sureño. Estaban recibiendo instrucción armada de las FARC para, el día menos pensado, iniciar la lucha armada que cambiaría la historia de Chile. En el lugar que les indicaron se reunieron con Raimundo, el líder de la guerrilla. Les pasó armas y mapas de la zona. Antes de despedirlas con un beso, pegó

un silbido. Al rato, provenientes desde el bosque, aparecieron dos elefantes: “Les presento a Rita y Mika, son un regalo de nuestra milicia para que se puedan movilizar por la zona”, les dijo Raimundo antes de desaparecer.

* * *

Clemente y Topo pidieron indicaciones en el pueblo para llegar al fundo Los Tomates. Cuando tuvieron estudiadas las rutas, decidieron pasar a comer a una hostería rural para ganar fuerzas. Después de saciarse de papas rellenas, Clemente distribuyó los cuadros de ataque. La estrategia era sencilla: cagarlos a balazos hasta que pudieran ingresar a la casa.

La estrategia de Katroka y sus hombres era aún más sencilla: aguantar lo que más pudieran las embestidas de los gemelos. Cuando hubiesen gastado una cantidad suficiente de balas y energía, debían sacar el cañón que encontraron en uno de los subterráneos y finalizar todo de un bombazo. No dejar a nadie vivo era la única certeza de que la camiseta de Rojas estaría a salvo en el futuro.

* * *

El comisario partió en una camioneta con seis de sus hombres camino a Osorno. Solamente se detuvieron en un McDonald's para comer papas y hamburguesas; el resto del viaje lo hicieron sin parar. Las operaciones mamarias de Berta lo tenían embobado y estaba dispuesto a recorrer el país entero para pasar más de un otoño durmiendo entre ellas. Llegaron a Osorno cuando la tarde estaba cayendo. En las calles de la ciudad no había nadie. Volaban papeles y bolsas de basura, como si fueran los únicos habitantes de una ciudad que se perdía en sus sombras. Al rato vieron a un hombre pasar, descalzo y con los ojos desorbitados.

Pasó al lado de la PDI gritando: “Se escuchan balazos en los bosques, es el eterno retorno del ‘73”.

* * *

Lo primero que vieron los gemelos cuando llegaron al fundo Los Tomates fue la camiseta número 3 de Manuel Rojas flameando en un mástil. Katroka la había puesto allí en señal de transparencia: el que sobreviviera podría subir y llevarse la polera. Antes de que tomara posición de ataque, la milicia liderada por los gemelos fue atacada. Bastó un solo balazo para atravesarle el cráneo a Topo: fue el primer muerto. Sin llorar a su hermano, Clemente se apostó atrás de un árbol y con un rifle comenzó a disparar.

Klitus Katroka estaba en una pieza del segundo piso y desde allí dirigía a su cuadrilla mediante un woki toki. Su posición de privilegio le permitía ver las debilidades del enemigo. Después de matar a Topo, pudo ver cómo, a lo lejos, se acercaban dos elefantes. Con sus prismáticos observó que eran montados por dos mujeres que traían sobre sus espaldas sendas metralletas.

La inexperiencia de ambos bandos hizo que la batalla durara muy poco. A los congresistas del Pedagógico les estalló una granada en sus manos y a los ex colonos no les quedaban muchas ganas de vivir; por lo mismo, apenas iniciada la balacera se pusieron como un blanco fácil para que fuera otro el que apretara el gatillo que ellos nunca se atrevieron a jalar.

Topo y Katroka eran los únicos sobrevivientes dentro de ese mar de muertos. Escondidos en sus refugios, de vez en cuando daban algún balazo, esperando que fuera otro el que saliera de su escondite. La aparente calma que reinaba en el terruño de Clemente se vio perturbada porque el piso comenzó a temblar. Los movimientos se producían

cada vez con más vehemencia. De un trompazo, el elefante tiró al gemelo contra una piedra que lo dejó inconsciente. Entre Berta y Susana le pegaron 102 balazos.

Katroka pensó que la llegada de los elefantes era el comienzo del apocalipsis. Que estaba ante el fin de los tiempos y que la vida llegaba a su fin. Desenfundó su pistola y descargó el cartucho en la polera de Manuel Rojas: le hizo siete agujeros. Vio que a lo lejos se acercaban las balizas de la policía y de su bolsillo sacó el pañuelo con gas sarín. Se lo acercó a la nariz por un par de segundos y se desplomó con muerte súbita.

Las primeras en ver el cuerpo inerte de Katroka fueron las hermanas Tomasi. Después de inspeccionarlo detenidamente, pudieron reconocerlo como un ex represor de la dictadura. Bajaron el cadáver del segundo piso y lo extendieron en la tierra. Comenzaron a pasarle los elefantes por encima hasta convertirlo en un puré de sesos y tierra.

Al ver la escena del crimen, el comisario Salve le pidió su equipo que lo esperara en la camioneta. Luego de desnudar a todos los cadáveres, se puso guantes quirúrgicos y les cortó el miembro con una cuchilla que había comprado en un viaje a Marruecos. Le llamó la atención que el pene de Topo tuviera costras en los bordes. Las atribuyó al acceso de masturbación y metió todos los miembros amputados en una bolsa ziploc. Mientras se paseaba por el fondo, encontró el mástil donde se izaba la camiseta de Rojas. Escaló el palo y la guardó en uno de sus bolsillos. Luego se levantó los bordes de su gabán y, sin encender nunca un cigarro, volvió a la camioneta.

Al llegar a Santiago archivaron el caso inmediatamente. Una guerrilla proveniente desde el sur estaba realizando ataques a comisarías regionales y a pasos agigantados se estaban acercando a Santiago. Pusieron a

todas las unidades policiales a reprimir milicianos, relegando cualquier otra investigación. Salve llamó en muchas ocasiones por teléfono a Berta Tomasi, pero ella nunca le contestó. Tiempo después vería en los diarios que ambas hermanas se habían unido a la guerrilla y que estaban liderando algunos cuadros.

* * *

Una tarde de otoño, mientras el comisario Salve ordenaba su pieza, encontró en su velador la camiseta de Manuel Rojas. La tendió sobre su cama y entró al baño para afeitarse. Al salir se puso unas zapatillas Nike, un short de Racing y la polera de Rojas. Trotó por más de una hora por el Parque Forestal y nadie, absolutamente nadie, reparó en la número 3 agujereada que llevaba en su espalda.